

Junio 22/58 TRAZOS *Don*

A propósito de una estatua de Francisco Vicente Aguilera

Junio 22/58
Don

Por César García Pons

HACE unos días vimos, de pasada, la promesa de estatua de Francisco Vicente Aguilera expuesta en el Parque Central. Después fuimos expresamente a contemplarla. En cuanto nos es dable juzgarle pensamos allí mismo que responde al personaje, a lo que tuvo ese cubano magnífico —oro puro de nuestra mejor cante- ra en el siglo XIX— de gallarda prestancia física y moral; a su distinción, a su gesto comedido y sobrio, a esa especie de aristocraticis- mo innato que viene en la sangre de algunos seres y que vencedor a su turno de todos los momentos de una vida, sólo puede liquidar, a la postre, el término de ésta. Nos pareció que la es- cultura tomaba de la histo- ria fielmente el espíritu del patriota oriental.

Como siempre que nos en- contramos frente a un már- mol o a un bronce alusivo a una grandeza individual o colectiva, nos ocurrió esta vez. Es algo que no pode- mos reprimir. La contempla- ción nos lleva como de la mano a la misma escéptica reflexión: las obras todas de los hombres, esa que se cons- truye precisamente para combatir el olvido y apre- sar el recuerdo en materia- les perdurables, están con- denadas a la muerte. Ver- dad de Pero Grullo si se quiere, mas envolvente in- cluso de eso que se llama la posteridad y parece apresar una manera de la existencia sin término. Porque el ma- ñana en cuanto a eso real- mente no existe. Un día también termina. Dígalo si no la arqueología, incesante descubridora de un pasado que el tiempo se encargó de borrar de la historia de los hombres.

La posteridad es una pre- unción tan sólo. Don Ma- nuel Sanguily, a propósito de un libro que él mismo había intitulado "Nobles me- morias", decía al respecto que el olvido es una forma del no ser, como la memo- ria es el fundamento acci- dental del ser, y que lo que no se recuerda, como lo que no se siente, no existe. Pala- bras desoladas ciertamente, mas profundamente verda- deras, pues se asentaban en la observación y la expe- riencia. El paso de los si- glos se ha encargado de abo- narlas, sepultando y sumien- do en total ignorancia un día tras otro pueblos, ciudades, culturas, civilizaciones, pe- ríodos enteros de la existen- cia humana que ni la histo- ria recoge ni tiene con que hacerlo. Y, de esta suerte, apenas se registra un poco la entraña de un monte o el seno de la tierra aparece un testimonio de esa inelucta- ble destrucción.

Aun sin eso, quiere decir, sin que desaparezcan total- mente las páginas de deter- minado tramo de la crónica de la existencia de la huma- nidad, la sucesión de los tiempos impone una especie de resumen que, a la postre, deviene la síntesis posible del pasado, y en la que no tiene cabida sino lo princi- pal y señero. Semejante po- da concluir por reducir las oportunidades de la poste- ridad misma, y así sobrena- dan, y también por un lapso más o menos largo, los he- chos, los nombres y las co- sas. Y de lo que fue deta- lle y pormenor apenas si queda una visión global, di- fusa, directamente proyecta- da hacia la penumbra que un día también le llevara a la noche sin término.

La Historia, a fin de cuen-



tas, dispone de una gran fosa, donde a la larga todo lo convierte en polvo. Frente al milenio el siglo es un día; frente al evo el milenio es, por su duración, un relámpago. Menos que eso aún es la vida del hombre. Bien que su vanidad le lleve a ambicionar su alargamiento si quiera sea en el recuerdo prepósteros de las generaciones sucesoras. Y, sin embargo, como escribiera el pensador antes citado, es preciso vivir, creer y pensar, darle a la existencia un sentido, llenarla con un ideal. Lo triste, decía él, es vivir sin pensamiento y sin ideas, atravesar el mundo sin derrotero. Entonces, decía también, si es necesario morir, y perderse en la nada.

¿Las estatuas qué son sino corroboración de esa actitud espiritual? Cuando se les erige, ¿qué se pretende con ellas? Mármol, piedra o bronce sujetas están al destino físico del propio material que las plasma; empero, fungen de ademán, son como la materialización de un anhelo: el de escribir, con ánimo de que se conserve y no se borre, un nombre, un hecho, algo que hirió un día la sensibilidad de un grupo de hombres y mereció su reverencia y su cariño. Por eso cuando contemplamos la de Francisco Vicente Aguilera, con el agri-dulce del escepticismo que al comienzo apuntamos, hubimos de conjugar igualmente lo que tiene de aleccionador el propósito de honrar de esta manera su memoria, la afirmación que el proyecto encarna en orden a la tradición y los ideales que tuvieron al prócer de Oriente por representante brillantísimo.

Todo pasa, todo se consume, todo se extingue, sin duda. Mas, tratemos, por lo mismo, de que el metal precioso destaque de la escoria y dure cuanto más sea posible.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA